

Viernes 25 de diciembre, 2020

Gol al COVID: una experiencia de agencia ciudadana

Ruth Belinda Bustos Córdova
Caleb Vargas Gil
Jorge Alberto Linares Ramírez



El confinamiento por la pandemia por la COVID-19 y sus efectos han sido diversos: grandes dificultades económicas, sociales, en la salud, cambios de estilos de vida, entre otros; sin embargo, para algunas comunidades han representado una coyuntura para reconfigurarse, tal es el caso de los pobladores de El Golán, en Tlayacapan, Morelos.

El Golán es una localidad rural que se encuentra a 13 kilómetros de la cabecera municipal, con una población de 719 habitantes y con un alto índice de marginación (SEDESOL, 2013). Destaca que en esta localidad coexisten pobladores de la región con migrantes del estado de Guerrero y Oaxaca que principalmente llegan a la comunidad atraídos por la congregación religiosa protestante que ahí se ubica. Sin duda, la diversidad religiosa y de orígenes dificultan las relaciones sociales y en ocasiones, genera segregación y conflictos.

Solo cuenta con una escuela de nivel preescolar y otra de nivel primaria, para que los jóvenes

sigan estudiando tienen que ir a una telesecundaria en la localidad vecina de Santa Catarina o a Yautepec; pero son muy pocos los que continúan con estudios a nivel bachillerato o superior. Generalmente, las mujeres son amas de casa y en sus tiempos libres laboran en actividades informales como la limpieza de casas en los fraccionamientos cercanos; por su parte, los varones laboran en actividades como la albañilería. Algunas familias se dedican a la venta de productos en las ferias populares, por lo que iban de pueblo en pueblo, en una especie de migración circular.

El centro religioso ocupa un papel fundamental en la organización de la cotidianidad de la vida comunitaria y la toma de decisiones. Las fuentes de esparcimiento son escasas: en el pasado, se contaba con una cancha para jugar voleibol que fue construida sobre una cisterna para abastecer de agua potable a la localidad, pero, posteriormente fue cerrada, dejando a los niños y jóvenes sin la posibilidad de practicar el deporte. Actualmente quienes tienen posibilidad de pagar una escuela de fútbol u otro deporte -que son muy pocos-



Foto: Caleb Vargas Gil

tienen que desplazarse a la ciudad de Cuautla o Yautepec, porque en la localidad solo pueden distraerse en “las maquinitas” (lugares de renta de videojuegos).

Durante los primeros meses de la pandemia, los habitantes de El Golán, al igual que todos los mexicanos vivieron cambios drásticos: las escuelas se cerraron y los estudiantes se vieron obligados a pasar largas jornadas frente a la televisión, el celular o la computadora para tomar clases virtuales. Las mujeres que combinaban sus labores domésticas con otras actividades informales dejaron de hacerlo y quienes se dedicaban a la venta de productos en las ferias, las vieron canceladas y regresaron a residir a la comunidad.

Son estos últimos, ante el tedio, el malestar psicológico y físico del confinamiento, quienes decidieron salir de sus casas durante las tardes para practicar fútbol soccer y luego tomaron la iniciativa de organizar torneos rápidos con un grupo reducido de participantes, con todas las medidas posibles de sana distancia e higiene.

Para tal fin, la comunidad empezó a resinificar un terreno baldío -que apenas si se acerca a las medidas reglamentarias de una cancha de fútbol rápido-, limpiaron el terreno; del cerro trajeron palos de bambú para armar las porterías y se organizaron para mediante la cooperación que implica la inscripción a un torneo, pagar a un árbitro y destinar un monto para un premio.

Poco a poco, el ruido y los gritos de emoción que genera la práctica de un deporte fue atrayendo a otros jóvenes niñas y niños que, cansados de la interacción a través de las pantallas, se acercaban a la cancha improvisada para observar jugar o bien, integrarse a los equipos. Algunos otros adultos, quienes en su juventud practicaron este deporte, también se iban acercando a observar.

Así transcurrió el primer torneo con una duración aproximada de dos meses, destacando un equipo femenino que se enfrentó en ocasiones

al equipo varonil; así como partidos de niños contra niños.

Como suele ocurrir cuando se inicia cualquier actividad colectiva existieron conflictos y malos entendidos, lo que provocaba que los organizadores quisieran desistir del proyecto; pero otro joven, apoyado por su familia decidió continuar la organización del segundo torneo. Para tal fin, habría que mejorar las condiciones de la cancha de fútbol, establecer un reglamento que regulara el juego y ayudara a alcanzar el objetivo que se estaba construyendo: que pudieran participar niñas, niños, las y los jóvenes, mujeres y hombres adultos, sin exclusión alguna por edad, género, capacidades o habilidades físicas. Esto es, porque los organizadores podían observar, por un lado, la necesidad real que todas las personas estaban experimentando de tener ejercitación física, así como esparcimiento para contrarrestar el sedentarismo producto del confinamiento y por otro, la injusticia de que no participen en el partido quienes “no saben jugar”, debido a la falta de oportunidades para practicar este deporte. Esto los movió a trabajar en un sentido de dignificar la vida, que en palabras de Yurén (1998) implica:

[...] contribuir a conformar integraciones sociales y redes de interacción gracias a los cuales se satisfagan las necesidades del colectivo, se comuniquen los sujetos y se establezcan lazos afectivos entre ellos; es favorecer la participación creativa de todas y cada uno de los seres humanos en la producción de la cultura; es construir la propia identidad y la identidad de la comunidad reconociendo a las otras personas (s/p).

De este modo, los participantes van dando un significado diferente a un deporte que, si bien tiene muchos aspectos positivos, también hay que considerar los negativos como el alto sentido competitivo a partir de la alta difusión mediática y mercadotecnia a su alrededor; un juego que históricamente ha sido masculino y en el que las mujeres han tenido que abrirse espacios con dificultades y estigmatizaciones, como lo han re-

velado los estudios de Ramírez (2018). Se está dando lugar a un juego con reglas reconfiguradas desde El Golán que conlleva la colaboración y co-construcción en el que se reconfiguran las identidades personales y sociales y se refuerzan los lazos sociales.

Prueba de ello, es el reglamento para constituir los equipos que propuso el organizador del torneo y aceptaron los participantes: se constituyen por cinco integrantes y si lo desean, un refuerzo (o dos, en el caso de los veteranos); cada equipo debe contar entre sus integrantes con un niño, una mujer, un veterano, alguien con habilidades para el balonpie y otro sin tanta experiencia. Cada torneo, los integrantes son sorteados, pues no se trata de formar equipos fuertes, sino que todos participen y se vaya desarrollando sus capacidades físicas, autoestima y la confianza con los otros. Esto que de manera intuitiva están logrando los futbolistas, es una verdadera medida de equidad, pues no se pone en un punto de competición a los desiguales, sino se equilibran los equipos para tener condiciones similares.

El torneo se efectúa de lunes a sábado, en un horario de 6 a 7 y de 7 a 8 pm cuidando las medidas de higiene para evitar contagios. En este evento participan quienes juegan en la cancha, pero también las familias; las madres, esposas o hijas van tomando un rol de animadoras que generalmente apoyan al equipo que va perdiendo. Los vendedores de algunos antojitos mexicanos, que por la pandemia habían dejado de hacerlo, han encontrado un lugar para reactivar sus ventas. Acercándose la hora del juego, algunos jóvenes van a regar y barrer la cancha; poco a poco se ven llegar las familias cargando sus sillas o botes vacíos para poder sentarse a observar el partido. En el calentamiento, los jugadores "hacen pases" entre ellos y con niñas y niños más pequeños.

Hay quienes juegan con "tacos" (propios o prestados), pero otros con tenis y hasta con zapatos. Algunos están uniformados, por ejemplo, el equipo de los "chavorrucos" -los veteranos- sa-



Foto: Caleb Vargas Gil

caron del cajón de los recuerdos sus uniformes y hasta un integrante compró casacas con el apoyo de las remesas de sus familiares que residen en Estados Unidos. Pero los equipos que no tienen estos recursos, tratan de ponerse de acuerdo con el color o juegan con lo que tengan, incluso hasta con pantalón. Si alguien tiene guantes de portero, se los presta al guardameta en turno. Aquí es evidente cómo se está construyendo la ayuda mutua.

En cierto momento, en la cancha se puede ver jugando a niños de 10 años con señores de más de 40 y la portera estrella puede ser una chica; pueden profesar distintas religiones y saludarse en el campo; ser de "aquí" o migrantes; hay estudiantes de todos los niveles, la ama de casa, personas con diferentes oficios o profesiones; alguien que nunca había jugado, contra otra persona que añora sus años de futbolista local. Otra regla es que los niños o los jugadores sin experiencia tienen que jugar en cancha, no se les puede marginar o confinar en la portería.

Frente al balón el respeto se gana con la tenacidad, disciplina, confianza y habilidad que se van desarrollando y no a partir de los roles preasignados. De este modo, se favorece la relación intergeneracional, entre géneros distintos, así como entre personas con distintas creencias, valores y formas de pensar mediante un diálogo horizontal y respetuoso en torno a un tema e interés común; “al terminar el partido los niños bromean con los adultos, hablan de igual a igual” (Caleb, 2020).

Es interesante revelar que se está construyendo una especie de ágora, que es el espacio de participación donde confluyen la vida pública y privada, donde se examinan y negocian las opciones para la atención a una situación problemática (Bauman, 2002). “El ágora es una condición necesaria para formar ciudadanos agentes, puesto que implica la participación en la vida pública y la construcción del bien común, por lo pronto, del entorno inmediato” (Bustos y Saenger, 2013, p. 339).

En el caso que nos ocupa, ese entorno inmediato es la cancha y la práctica del fútbol. Los futbolistas paulatinamente han identificado situaciones problemáticas, pero también han

sido capaces de gestionar opciones y movilizar recursos para solucionarlos. Están construyendo un sentido de pertenencia al grupo social y al espacio en el que confluyen, por lo cual, se organizan para transformarlo este es un ejemplo de su ejercicio ciudadano, si por ello entendemos:

la construcción de identidades autónomas y el sentido de pertenencia a una comunidad, que a su vez establece derechos y deberes en relación con los otros. También la ciudadanía comprende la capacidad libre de elegir formas de vida, tomar decisiones responsables que contribuyan a la vida buena para todos y ejecutar acciones para la transformación de la estructura social, lo que conlleva el reconocimiento, comprensión, una preocupación real y acogida del otro (Bustos, 2015, p. 2).

Así se han organizado para mejorar la cancha, utilizando un grupo de WhatsApp como medio de comunicación, por ejemplo, cuando uno de los participantes donó un camión de volteo de gravilla para nivelar el terreno de juego, se convocó a los participantes para acarrearlo hasta la cancha y esparcirlo, a la hora señalada llegaron algunos participantes, pero poco a poco fueron llegando todos. Un segundo reto que se



Foto: Jorge Alberto Linares



Fotos: Jorge Alberto Linares

presento fue iluminar la cancha en el cambio de horario de invierno; por lo que se empezaron a movilizar recursos para obtener las lámparas, obtenidas a partir de donaciones de sus patrones donde laboran algunos de los integrantes, además cada participante cooperó con 25 pesos para el cableado y entre todos, rascaron y colaron los postes para colocar la iluminación. Otra situación en la que se vio reflejada la cooperación fue para sustituir las porterías que habían sido construidas con palos, a fin de instalar unas de mejor calidad.

Dada la condición de la cancha entre terrenos otros destinados a la siembra o a la pastura de ganado, han tenido algunos problemas, en los que también se han organizado para resolverlos. Los balones que se “volaban en los tiros” afectaban a una parcela de milpa, entonces, improvisaron una lona que los detiene. Uno de los vecinos se quejó con el ayudante municipal con querer “cerrar la cancha” porque una de sus vacas se había muerto al ingerir la basura que supuestamente dejaban los jugadores; entonces, sin darle importancia a quien había sido el responsable de tirar los desechos, los integrantes decidieron recogerla para no poner en riesgo su espacio de entretenimiento.

Avisar de esta queja, ha sido la única participación del ayudante municipal; también han asistido algunos políticos prometiendo regalar balones a cambio de sumarse a sus campañas, pero los futbolistas no hacen caso de ello, han reconocido la capacidad que les da la colectivi-

dad para gestionar transformaciones, incluso sin las autoridades. Lo anterior revela una peculiar forma de ejercer agencia ciudadana:

Mediante su capacidad de organizarse autónoma y libremente para enfrentar la indignación que les causaba el presente y transformar su entorno social en la búsqueda de la vida buena, utilizando el conocimiento que tienen sobre la estructura social, movilizándolo recursos y asumiendo un posicionamiento ético y moral (Bustos y Saenger, 2013, p. 334).

El torneo se ha tornado en el tema de conversación y va tomando un lugar fundamental en la vida personal y comunitaria. Vale la pena destacar los cambios que se han visto en algunos de los participantes, por ejemplo, un joven de 24 años que nunca había jugado, con la práctica ha desarrollado destrezas físicas que le permite tener más agilidad y se ha ganado la admiración de sus compañeros.

El sábado, día de cobrar “la raya” de los maestros albañiles, generalmente servía para que al finalizar el día fueran a tomar cervezas y gastar gran parte del dinero que habían ganado con el esfuerzo de la semana. Ahora, muchos de ellos que son jugadores, se apresuran a llegar a su casa para prepararse para ir al partido, sin consumir bebidas, pues otra regla es: “no puede jugar quién tenga aliento alcohólico”. De alguna manera, esto revela la importancia de la práctica del deporte para prevenir el consumo de sustancias adictivas. El local de “las maquinitas” tam-

bién se ha ido quedando vacío, pues el torneo está siendo más atractivo que los videojuegos.

Todo lo anterior se resume en las palabras del joven organizador del torneo:

“¡ha estado bonito!, a mí lo que me gusta es ver la evolución de todos los jugadores, se nota muchísimo el cambio en el físico, en la condición, en el ambiente. Nos hemos unido un poquito más en la colonia, eso es lo que pasa, el fútbol te une con la gente; tiene lo bueno y lo malo, como siempre; pero hay que disfrutarlo y lo malo hay que dejarlo pasar, mientras tú estés bien, yo estoy bien. Este proyecto se trata de ¡Ganar, ganar!” (Jephte, 2020)

Así se ha observado que este proyecto que surgió de las necesidades de la comunidad en un momento crítico como lo ha sido la pandemia, ha favorecido la capacidad de agencia ciudadana, la convivencia y reconstruido el tejido social, lo cual tendrá un impacto positivo y la construcción de futuros posibles.

Referencias

- Bauman, Z. (2002). *En busca de la política* (2ª. ed.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Bustos, R. (2015). *Formación para la ciudadanía en contextos de diversidad. Estudio de caso en el Estado de Morelos*. México: UAEM [Tesis doctoral]
- Bustos, R. y Saenger, C. (2013). Ciudadanía y agencia en un dispositivo escolar para niños indígenas en la ciudad, en T. Yurén y C. Mick (coords.), *Educación y agencia. Aproximaciones teóricas y análisis de dispositivos*, México: Juan Pablos Editores-UAEM, pp. 327-347.
- Ramírez, T. (2018, 12 de agosto). Futboleras de Morelos, en el Tlacuache No. 842. El sol de Cuernavaca. Disponible en: <https://www.pressreader.com/mexico/el-sol-de-cuernavaca/20180812/282454234823173>
- Yurén, T. (1998, enero-marzo). Sujeto de eticidad y formación valoral, en *Educar*, 4. Disponible en: http://www.quadernsdigitals.net/datos/heimeroteca/r_24/nr_273/a_3539/3539.htm

Ruth Belinda Bustos Córdoba,

UPN, Morelos, Colectivo de estudios sobre el Patrimonio
Biocultural de Morelos y Regiones Colindantes

Caleb Vargas Gil

Jorge Alberto Linares Ramírez

MENCIÓN ESPECIAL

El Comité Editorial del
Suplemento Cultural El Tlacuache
agradece el apoyo brindado a nuestra
publicación a través del
programa radiofónico

**EL OJO
DE LA MOSCA**

IMRyT
SEÑAL DE IDENTIDAD

importante revista cultural del
Instituto Morelense de Radio y Televisión
a lo largo de este año 2020.

¡Gracias!

SUPLEMENTO CULTURAL
el tlacuache

CENTRO  INAH MORELOS

Editor de este número:
Luis Miguel Morayta Mendoza

SUPLEMENTO CULTURAL
el tlacuache
CENTRO  INAH MORELOS

**Órgano de difusión de la
comunidad del INAH Morelos**

Consejo Editorial

Erick Alvarado Tenorio

Giselle Canto Aguilar

Eduardo Corona Martínez

Raúl González Quezada

Luis Miguel Morayta Mendoza

Tania Alejandra Ramírez

Rocha

*El contenido es responsabilidad
de sus autores.*

Karina Morales Loza

Coordinación de difusión

Paola Ascencio Zepeda

Formación y diseño

Apoyo operativo y tecnológico

**Centro de Información
y Documentación (CID)**

Sugerencias y comentarios:

difusion.mor@inah.gob.mx

Crédito foto portada:

Jorge Alberto Linares

Centro INAH Morelos

Matamoros 14, Acapantzingo,
Cuernavaca, Morelos.



GOBIERNO DE
MÉXICO

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

